

LA SEÑORITA JULIA

Prof. María Fasce

Cuando entré a trabajar en la Biblioteca del Congreso todavía estaban hablando de Julia. *Tantos años con nosotros, irse así, de repente* –decía Irma sacudiendo la cabeza con un gesto de rencor, o de desencanto, mientras acababa su mate cocido acodada en el mostrador. Ricardo recibía una solicitud y recordaba nostálgico: *Este libro le gustaba mucho a Julia*. Yo alcanzaba a leer el título y era otra pieza más para el rompecabezas que ya había comenzado a formar sin darme cuenta.

Ese primer día me fui contento. No estaba mal como trabajo transitorio, mientras terminaba abogacía. La paga era ínfima, es cierto, pero tenía libre acceso a los libros, que no necesitaba comprar; podía estudiar o leer cuando había poco trabajo, curiosear los diccionarios o enciclopedias, y los libros o publicaciones que me interesaban. Mis compañeros eran agradables también. En los ratos libres examinaba los ficheros y anotaba en un cuaderno posibles temas de investigación, con su correspondiente bibliografía. Claro que después me dediqué a otro tipo de investigaciones.

Un estudiante pálido, con lentes de gruesos cristales y aire de animalito asustado se acercó al mostrador y pidió una novela de Balzac. Parecía la caricatura de un tímido. Mientras esperaba miraba inquieto hacia el fondo del pasillo que lleva al subsuelo, cada vez que una puerta se abría se sobresaltaba, y estiraba el cuello para observar el interior de los cuartos de los que salía algún empleado.

–¿La señorita Julia? –preguntó con una voz que se esforzaba por ser firme y casual mientras yo completaba la ficha.

–Perdón, ¿no había pedido *Eugenia Grandet*?

–No, no –tartamudeó en una risita nerviosa– La señorita Julia ... que trabaja aquí.

Pedro llegaba con un pedido de libros que casi se le cae de las manos. Irma miró a Ricardo con ojos llenos de tristeza, o de alarma, suspiró y

continuó sellando las fichas de los que se retiraban. Yo iba a responder cuando Ri-

cardo se adelantó:

–La señorita Julia no trabaja más aquí –dijo con un enojo incomprensible, y el estudiante se fue antes de que le entregara el libro de Balzac.

Otro día apareció una chica muy alta, de ojos de un gris muy claro; yo nunca había visto unos ojos así. Ricardo y Carlos casi se pelearon por atenderla, y los vi contener la respiración mientras escribía su nombre –Rosa Díaz– con letras redondas.

–Te fijaste cómo se le parecía –dijo Ricardo mirando el pelo oscuro de Rosa que ya se perdía detrás de la puerta vaivén. Pedro asintió y siguió mirando hacia la puerta por unos segundos antes de tomar una nueva solicitud. Después Irma llegó con medialunas y empezó a cebar unos mates en el cuartito del fondo, como queriendo reanimarlos. Pero las dos medialunas de manteca –las que le gustaban a Julia– entre las de grasa y los vigilantes lo empeoraron todo. Irma persistía en esa costumbre, quizá con la esperanza de que Julia viniera una tarde a visitarlos.

Un día la conocí finalmente, quiero decir que vi la foto que Irma sacó de su cartera, la foto que fue pasando de mano en mano hasta llegar a mí. Y yo creo que fue a propósito, que Irma siempre llevaba aquella foto, y que ese día la sacó para instalar a Julia definitivamente en ese pasado lejano desde el que nos miran los muertos en el papel amarillento de las fotos envejecidas. Irma tenía el pelo más oscuro, con algunas canas, Ricardo estaba visiblemente más delgado y Pedro se había dejado el pelo largo. Los cuatro sonreían detrás del mostrador. Julia también sonreía. Ricardo había pasado el brazo por sobre el hombro de Julia, y ella sostenía una lapicera. Julia se parecía a Rosa Díaz como los demás se parecían a sí mismos en la foto. Se miraron y se reconocieron sonriendo. Con el dedo señalaron las diferencias obvias, también señalaron a Julia. *Julia* –dijeron. Y

LOS PROFESORES ESCRIBEN

esd

después nadie volvió a hablar de ella. No del modo en que antes lo hacían.

Más tarde, mientras todos iban y venían trayendo, recibiendo y anotando libros, me fui al cuartito del fondo, y casi sin pensarlo abrí la cartera de Irma. Boletos de colectivo, un rouge de labios, una tableta de cafiaspirinas, un monedero grande, billetes sueltos y arrugados, un paquete empezado de pastillas Refresco, y en una bolsa de nylon transparente, la sonrisa de Julia. No había tiempo de sacarla, la miré durante varios minutos, deteniéndome por turnos en la raya angosta y recta que dividía el pelo oscuro, en la boca grande de Julia, en el cuello blanquísimo que emergía de la blusa blanca, o en su mano izquierda, delgada y larga sobre el mostrador, como una pluma blanca. La mayor parte del tiempo miré sus ojos, sus ojos que eran de un gris tan claro, de un gris probablemente distinto al de la foto.

Estoy seguro de que ellos también lo hicieron. También se acercaron una vez hasta la oficina del jefe de personal y con algún pretexto pidieron la dirección. También se despidieron como siempre esa tarde, pero en Rivadavia tomaron el subte hasta Constitución, y después el tren hasta Temperley. Y ellos también se presentaron torpemente: *Un compañero de trabajo de Julia, vengo a traerle esta cadenita que se olvidó, la señora Irma, de la biblioteca, Pedro, un amigo de...* La misma mujer baja, gorda y afable interrumpió la telenovela, arrastró las pantuflas a lo largo del interminable corredor donde ya se mezclaban los olores de las comidas, y procurando callar al perro que ladraba entre sus rodillas explicó, seguramente con menos fastidio, que allí no vivía ninguna Julia, que su hija se llamaba Natalia, y que nunca había trabajado en una biblioteca.

Pero nadie dijo nada. Yo tampoco.

Ahora, cada tanto llega alguna chica de ojos grises —hay muy pocas—, y hasta puede suceder que escriba Julia en la solicitud. Pero la impasibilidad de Ricardo o de Pedro me indican que no es ella. A veces leo su nombre por la calle, en letras de neón, o en la portada del libro de Strindberg, y entonces es esa emoción que sentimos al nombrar a una mujer que es nuestra, o que debería serlo, al oír su nombre. Últimamente, como para que ellos no se olviden —porque yo, yo siempre la recuerdo—, se me ha dado por contar pequeñas anécdotas de Julia, por inventarle gustos, libros, actores preferidos. Y ellos, bondadosos o desmemoriados, alzan las cejas, cabecean lentamente y fijan los ojos en un punto invisible: la recuerdan. Y es como si yo también la hubiese conocido, como si en esa foto que Irma ya no trae en su cartera me hubieran hecho un lugar al lado de Julia, y pudiera leer lo que escribía con su mano derecha, y sonriera también, por encima del hombro donde Ricardo ha apoyado su mano.

